

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

# LA DIFICULTAD DE GOBERNAR



Editora Montalvo  
Ciudad Trujillo, D. N.

1958





## LA DIFICULTAD DE GOBERNAR

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

# LA DIFICULTAD DE GOBERNAR



Editora Montalvo  
Ciudad Trujillo, D. N.

1958



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

**Primera edición, 1955.**  
**Segunda edición, 1958.**

A

RAFAEL PAÍNO PICHARDO

Y

ERNESTO B. FREITES

E. R. D.





## LA DIFICULTAD DE GOBERNAR

**E**N LOS CONSEJOS de Don Quijote a Sancho antes de que entrase a gobernar su Insula, Cervantes aludió al difícil arte de gobierno, proceloso mar de miles y renovadas sirtes en que argonauta alguno dejara de afrontar los riesgos del naufragio.

Gobernar, pues, en el sentido activo de la palabra, es encarar el sempiterno problema de las dificultades.

Entre nosotros el problema fué extremadamente agudo. ¡Cuántas dificultades afrontó Santana en su lucha contra el haitiano para mantenerlo a raya en la frontera, y contra sus propios compatriotas para sujetarlos al orden! En él esa obsesión de orden estricto, que garantizara la seguridad nacional frente al haitiano, inalcanzable en la República, le llevó a la Anexión a España. Y todo ello no obstante la reiterada ejecución de su agreste fórmula política: *A veces es necesario matar de un cañonazo un mosquito*. Espailat, con algo de Duarte, de Sarmiento y de Hostos, preten-



dió gobernar con Maestros de Escuela y los Caci-ques le derribaron de su cátedra presidencial. Por esa misma dificultad en mantener el orden, el Padre Meriño asumió las responsabilidades de los fusilamientos de 1881. Empeñóse Billini, con posible mengua de las asignaciones a los generales en disponibilidad, en realizar la bella idea de Martí de los Maestros Ambulantes, iniciada por el Maestro Pina en San Cristóbal, y el Poder se le fué de las manos. Hasta Ulises Heureaux, el sagaz Lilís, confrontó día por día las crecientes dificultades que entorpecieron el progreso de la Nación y estimularon decisivamente su definida vocación de dictador, de Rosas antillano.

Quizás ningún gobernante dominicano de la pasada centuria expresara, como Heureaux, con tan clara objetividad, esa insuperable dificultad de gobernar el país. *La República* —decía en epístola de 1881 al Presidente Meriño— *será por muchos años la misma de 1844, y para hacer valer la ley escrita se hará indispensable la fuerza, base del derecho y freno de la anarquía...* Y en su jugosa carta del 28 de junio de 1882, dirigida al General Gregorio Luperón, a la sazón en Francia, le hacía esta reveladora confidencia:

*He meditado mucho lo que Ud. nos dice sobre impuestos y he comprendido que sus amistosos reproches son hijos del ardiente deseo que Ud. tiene de ver a Santo Domingo alzarse*





## LA DIFICULTAD DE GOBERNAR

*ante el mundo civilizado y poderoso que Ud. recorre, valiendo tanto como cualquiera otro de esos pueblos.*

*Pero, ¡ay mi General, los que queremos somos tan pocos en presencia de los que nada quieren! Para lograr lo que hemos logrado ha sido menester la palanca de Arquímedes, y sin embargo estamos en el principio; y es que las enfermedades crónicas no aceptan remedios heroicos, porque el enfermo ha perdido la fuerza y la savia. Si Ud. estuviera aquí sobre el potro vería a cada paso la inercia, la terquedad, la hostilidad, la resistencia de amigos y no amigos, oponer mil pretextos, dudas, intereses, sospechas, incredulidades, en fin, un cúmulo tal de obstáculos que para removerlos sería preciso prescindir de toda ley y en su lugar establecer un ejército y una guillotina. Y ni así obtendríamos un resultado completo, porque aunque anuláramos la hostilidad, quedaría la inercia y ésta es en política más perniciosa que aquélla.*

Y esto lo afirmaba nada menos que Lilís, quien no era hombre de detenerse fácilmente ante ningún escrúpulo: *Usted sabe que yo no me preocupo; yo me ocupo*, le observó con desusado énfasis a su Ministro Manuel María Gautier, quien le aconsejara no preocuparse por algo desagradable que acababa de suceder en el Gobierno. Así resumía Lilís su posición ante las dificultades que



confrontó en toda su accidentada carrera pública y que explican, a veces hasta la plena justificación, muchos de sus actos: no se preocupaba; se ocupaba.

La situación de nuestra Iglesia, entonces, era semejante a la del Gobierno. Una sola expresión de Monseñor Meriño, en carta a su dilecto amigo el Pbro. Carlos Nouel, quejándose de la ignorancia y de la incuria de algunos sacerdotes, da la justa medida de sus dificultades: *¡Qué clero!*

Al Gobierno de la Iglesia se oponían, pues, las mismas dificultades que entorpecían el desenvolvimiento progresivo de la Administración Pública. De la sotana al sable de cabo no había más que un paso; y no fueron pocos los que dejaron los hábitos por el fusil.

\* \* \*

Ya no corren los tiempos de Santana, ni de Espaillat, ni de Heureaux, ni de Meriño, pero sería pueril e ingenuo disminuir o negar el cúmulo de tremendas dificultades con que ha tropezado el Generalísimo Trujillo en su asombrosa obra de Gobierno, porque esa imponderable suma de inconvenientes revela también la dimensión inabarcable de su triunfo soberano. Que no hay grandes cosas, decía Voltaire, sin grandes dificultades.

Arremeter contra las dificultades, superarlas, vencerlas, anularlas, ha sido diaria faena suya,



como un cíclope que en cada alba aparta del camino los peñones de Sísifo abandonados allí por secular incuria, y con asombro de todos deja la amplia senda expedita a las generaciones.

¡Qué libro tan aleccionador y tan patético podría escribirse tan sólo con el simple recuento de las dificultades públicas vencidas por Trujillo!

¡Qué gran esfuerzo significa, muchas veces, lo que a todos parece una simple voz de mando!

¡Qué largo proceso de destilación, de reflexión, de vigilia, de tortura del pensamiento, de renuncia a atracciones vitales, es, casi siempre, la cristalización de un empeño gubernativo cualquiera!

Es cierto que, en Trujillo, la experiencia y la genialidad política anulan o reducen a su expresión mínima las dificultades —pues ya decía Alberdi que gobernar algunos lustros es hacer un curso de política y administración— pero, con todo, son muchas las que resurgen con nueva fuerza, como la yerba intrusa que es perenne amenaza del cultivo.

Una designación, por ejemplo, que parece la decisión más simple, entraña dificultades y consecuencias regresivas inimaginables. De ello, como tantos otros, puedo dar fe. Una tajante frase del Generalísimo Trujillo lo dice elocuentemente. Es una anécdota breve, significativa y sustancio-



sa, que me permito recordar aquí. Un día, hace algunos años, el Generalísimo, a la sazón Presidente de la República, me llamó a su Despacho. Ya tratado el asunto motivo de la llamada, el Generalísimo, aludiendo a un nombramiento de tipo cultural que acababa de hacer, me dijo:

*¿Qué te parece esa designación?*

Bueno —le respondí— hay nombramientos muy difíciles...

Colocando las manos sobre el borde de su escritorio y echándose hacia atrás, exclamó, alargando enfáticamente la última palabra:

*Difíciles no; ¡dificilísimos!*

Esa dificultad en los nombramientos, de la que tiene experiencia desconsoladora todo jefe de oficina, es de todos los días. Ella se debe a las ancestrales taras de nuestra informe educación política y particularmente a que el desarrollo económico y político del país ha sido tan acelerado a partir de 1930, que la preparación y el entrenamiento de personal, de subalternos y de funcionarios eficientes, ha estado por debajo de ese desarrollo. Contra esa embarazosa situación ha actuado plausiblemente el Generalísimo Trujillo, adiestrando en materia técnica, en diversas especialidades, en escuelas y universidades del exterior, a no pocos jóvenes que hoy prestan muy útiles servicios.



Fatigaría el ánimo la espantable enumeración de las dificultades acumuladas desde la Colonia y acrecentadas en la República, contra las cuales ha debido golpear, como en los Doce Trabajos de Hércules, la formidable voluntad de Trujillo. Porque no se trata de las dificultades comunes a todos los gobiernos, inherentes a la política, sino de las *desgracias especiales*, como decía Félix María Del Monte, que nos afligían. *Este país tiene una desgracia especial, una Providencia especial, y siempre sucede lo inesperado*, afirmaba a conciencia el Decano de las letras patrias. Lo providencial, lo inesperado, fué, al fin, Trujillo, para desuncirnos del ominoso yugo de las dificultades que nos mantenían en triste inseguridad y pobreza afrentosa y en la indignidad de la soberanía mediatizada.

El terrífico huracán de 1930 fué el celeste anuncio de las dificultades que habían de poner a prueba su carácter y que él había de vencer como insalvable precio de su gloria. Su ejemplo fué tan grave y tan solemne como la devastación de la naturaleza: apartándose de la fácil y decrepita maña de soslayar las dificultades, les dió el frente y las venció, sabedor de que a los gobiernos no se les permite presentar, como Lilís a Luperón, la excusa de las dificultades.

Por eso Trujillo ha podido hacer plenamente suyas, aplicándolas a su país, las bellas palabras



de Lamartine: *Tenemos que superar las dificultades inmensas que Dios ha sembrado al paso de la Francia, para darle el mérito de vencerlas.*

En el alto valladar, en el mortal escollo, en la inercia, en la incuria, en la hostilidad, en la infidencia, en la incomprensión, en las permanentes dificultades de gobernar, veamos admirativamente, agradecidamente, *el mérito de la dificultad vencida*, mérito culminante de la obra de Trujillo, vencedor de lo difícil, quien ya podría, como Bonaparte, excluir de su vocabulario la palabra imposible.



